

## ALLENDE A CIEN AÑOS DE SU NACIMIENTO

Hoy 26 de junio se cumplen 100 años del nacimiento de Salvador Allende. Un nombre cuya huella no sólo dejó su impronta en la historia de Chile, sino también en el imaginario político del mundo contemporáneo. Los cien años de Allende no fueron de soledad, sino de compromiso creciente con los pobres y postergados, con los soñadores de sociedades más justas y con los impulsores de un orden internacional sin dominadores y dominados. Fue, por encima de todo, un republicano que creyó en la posibilidad de avanzar hacia el socialismo y hacia los cambios profundos desde la institucionalidad democrática.

Por eso, esta conmemoración también nos convoca a una pregunta esencial: ¿por qué los mil días de Allende como presidente de Chile, han capturado la imaginación de tantos en todo el planeta? Esa experiencia suscitó emociones mayores, también discusiones profundas, al igual que sueños derrumbados cuando bullían los entusiasmos. Algo especial hubo allí, capaz de provocar una tremenda ola de solidaridad que movilizó a hombres y mujeres de todos los continentes.

Tal vez porque aquella fue una experiencia inédita. Como Allende lo dijo, "no hay precedente en que podamos inspirarnos. Pisamos un camino nuevo; marchamos sin guía por un terreno desconocido; apenas teniendo como brújula nuestra fidelidad al humanismo de todas las épocas".

Esos mil días tuvieron lugar en un Chile republicano. Un país respetado en el mundo por la forma como, a poco andar de su Independencia, estuvo en condiciones de cimentar una república en bases sólidas. Durante el Siglo XX esa república fue capaz de abrir espacios a una creciente movilidad social y a una clase media forjada a través de un sistema educacional gratuito, laico y abierto a todos.

Allende es al mismo tiempo resultado y factor del Chile republicano: origen social, formación académica, adscripción doctrinaria –más que ideológica-, lealtades y pertenencias. Es difícil entender el Chile que se generó desde la década de los 30 en el siglo pasado sin el protagonismo de Allende. Allende convencido demócrata actuó siempre en el marco de las instituciones constitucionales y las defendió en su mérito y en su condición de instrumentos reguladores de su propia transformación. Esa convicción determinó su conducta política desde su temprana elección como diputado hasta su decisión de acabar con su vida cuando esas instituciones eran barridas por la fuerza.

Allende entendía la acción política como una tarea de pedagogía y organización y así fue factor determinante en la creación de una izquierda cuyo crecimiento social, cultural y electoral él mismo promovió y buscó ampliar. Recuerdo en la campaña presidencial de 1964 que Allende me pidió que lo acompañara en su comitiva a Antofagasta. Llegamos al complejo minero de Chuquicamata; allí Allende dijo que no habría discursos que él quería pedagógicamente explicar porqué había que nacionalizar el cobre y comenzó su explicación. Había otra actividad inmediata en Calama y empezó a enviar a los principales dirigentes políticos a Calama. Me pidió que me quedara a su lado para participar en la explicación pedagógica. Cuando llegan desesperados llamados telefónicos desde Calama de que el candidato presidencial debe llegar porque ya la plaza está llena y lo espera. Allende me ordena ir y comenzar el discurso. Cuando llego allá me dicen que debo hablar hasta que Allende llegue. Cuando me asomé al balcón desde donde se hablaba en la plaza recibí la pifia más grande de mi vida. Por cierto, en la plaza esperaban todos a Salvador Allende y no a un desconocido señor Lagos.

En el Chile de comienzos del siglo 20, la izquierda se fue haciendo cada vez más fuerte. La herencia de liberales y radicales del siglo XIX en favor de mayores libertades y tolerancias, abrieron el camino para las demandas sociales por largo tiempo sofocadas. Cinco años antes de la revolución soviética, en junio de 1912, se funda el Partido Obrero Socialista, nombre inicial del Partido Comunista, el cual una década después logra tener dos diputados en el parlamento. A comienzo de los años treinta emerge un fuerte Partido Socialista, en cuya fundación participó Allende. Las relaciones entre ambos partidos no siempre fueron fáciles, pero la unidad de ambos sectores a partir de 1952 hizo posible comenzar a plasmar la opción real para un Allende Presidente. Esa izquierda fuerte y en ascenso avanzó en tiempos de Guerra Fría y por ello el conflicto ideológico mundial también tuvo, como en otros países, su proyección al interior de Chile. Cuando llegan los magníficos sesenta, Chile vive un fuerte desarrollo político en torno a sectores de avanzada. Para unos la opción está en torno a una izquierda impregnada de nuevos entusiasmos, sobretodo tras la revolución cubana y las nuevas demandas juveniles; para otros la respuesta está cerca del centro político, con la propuesta demócratacristiana y su contundente respaldo parlamentario.

Muchos han dicho que hubo un desarrollo político demasiado grande para un país que crecía en cifras modestas en lo económico. El camino pasó de la experiencia conservadora de Jorge Alessandri, al proyecto de cambio demócrata cristiano de Frei Montalva, para llegar a la propuesta de la Unidad Popular en los mil días de Allende. Era el Chile dividido en tres tercios.

El gobierno de Allende intentó hacer grandes cambios y algunos de sus logros – como la nacionalización del cobre – encontraron pleno respaldo político de todos los sectores. Pero las transformaciones profundas de la estructura productiva no pudieron concretarse, porque no hubo mayorías parlamentarias para respaldar el proceso. Y la política saltó del debate institucional parlamentario a la calle. Por otra parte, el esfuerzo máximo por producir esos cambios y la tensión social

involucrada hizo que muchos demócratas reales sintieran que el camino de Salvador Allende, a la larga, no permitiría mantener la democracia en Chile. Y, en defensa de la democracia, se colocaron en una oposición dura a Salvador Allende. Más allá, estaban los otros, los del golpismo al acecho.

Se da entonces la paradoja de un país donde el Gobierno no tiene mayoría para plantear los cambios profundos que el gobernante reclama, pero donde tampoco existe mayoría parlamentaria para poner fin a esa propuesta política. Detrás de aquello surge una de las tantas lecciones políticas dejadas por los mil días de Allende: cuando no se cuenta con las mayorías parlamentarias para concretar los grandes cambios, la salida puede traer desencantos mayores.

El primer enfrentamiento grande, el paro de octubre de 1972 lo encara Allende incorporando a las Fuerzas Armadas a su gabinete, en un gesto claro por marcar la subordinación de éstas al Presidente de la República. Recurrir a las Fuerzas Armadas para enfrentar la crisis de gobernabilidad existente en el país, en tanto instituciones básicas de la República, sin ninguna duda, fue el empleo al máximo de la institucionalidad republicana.

En un contexto de creciente polarización interna en el país durante su gobierno - enmarcada en una situación internacional marcada por bloques - y en competencia interna con fuerzas políticas de inspiración semejante y objetivos, visto a la distancia, similares es probable que la debilidad política mayor de Allende haya sido no imponer y convencer a sus partidarios que el camino del cambio a través de la Democracia solo es posible consolidando grandes mayorías basadas en amplios consensos.

La República y sus instituciones se tensionan al máximo, pero la República no cuenta con instituciones para resolver un conflicto de esa magnitud. Es allí cuando Salvador Allende piensa que es posible convocar a un plebiscito y en ese plebiscito

resolver el conflicto, para lo cual requiere la aceptación del Parlamento. Sabe que en esa circunstancia el triunfo es difícil, pero ve la convocatoria del plebiscito como una forma de resolver el dilema institucional.

No alcanzó a comunicarlo a la ciudadanía. Para algunos, los anuncios de un posible plebiscito habrían gatillado la decisión del golpe de estado por parte de Pinochet y los demás conjurados. Frente al quiebre institucional, Allende responde con el testimonio profundo de sus palabras: "Trabajadores de mi Patria: quiero agradecerles la lealtad que siempre tuvieron, la confianza que depositaron en un hombre que sólo fue intérprete de grandes anhelos de justicia, que empeñó su palabra en que respetaría la Constitución y la ley, y así lo hizo".

Allende es, en la esencia de su vida, un producto de la República chilena. Su infancia y juventud en un hogar de clase media, su formación universitaria como médico, su interacción con algunos anarquistas de cuyas enseñanzas él gustaba recordar, su vocación por trabajar desde las instituciones democráticas son signos claros de su origen. En 1937, con 29 años, fue elegido diputado, pronto ministro de salud en el gobierno del Frente Popular con Pedro Aguirre Cerda, desde 1945 integrante del Senado de la República, del cual llegaría a ser distinguido presidente antes de lograr el triunfo de 1970. Todos esos pasos dan fe de su credo democrático.

Y, por cierto, habla de esa condición de republicano convencido su afán de hacer por otros medios una revolución que los teóricos habían predicho, pero que no había tenido lugar en ninguna parte del mundo. Y eso es lo que asombra y cautiva al mundo. También lo que conmociona a los centros de poder, no dispuestos a aceptarlo porque temen el ejemplo.

Hoy, a cien años de su nacimiento vivimos otro Chile, otro escenario internacional sin la Guerra Fría, pero con los peligros propios de un proceso globalizador que no

tiene reglas y en donde el tema de la paz está amenazado por fuerzas de carácter terrorista. La forma en que hemos sido capaces de encarar la transición de dictadura a democracia en Chile ha sido vista por muchos con entusiasmo. En definitiva, la tarea se ha hecho rescatando aquel sistema republicano donde Chile asentó su gran historia, quebrantada abruptamente el 11 de septiembre de 1973.

Al conmemorar a Allende en este aniversario, lo hacemos con el respeto a una figura profundamente leal a sus ideas y a sus principios. Aquel que muere en La Moneda deja, tras su sacrificio final, una vida luchando por tener un país donde la libertad sea el espacio para construir una mayor igualdad, un país donde ser libre para votar también signifique ser libre para vivir.

Por eso, al encontrarnos con los cien años de Allende uno reconstruye el optimismo desde lo profundo de sus propias palabras, cuando dijo "más temprano que tarde, se abrirán las grandes alamedas por donde pase el hombre libre, para construir una sociedad mejor". Y el eco de sus palabras en este siglo nos dice algo más: esas grandes alamedas hay que cuidarlas día a día, fortalecerlas día a día, para seguir transitando por ellas hacia destinos mejores.

La democracia no es un fin, la democracia es un proceso, es un árbol que se cuida cotidianamente para verlo crecer y la alameda es, en última instancia, ese conjunto de árboles sólidos, diversos y entrelazados por donde el ser humano quiere ir buscando la oportunidad de sus sueños. Día a día, hay que cuidar de los árboles para hacerlos firmes. Es la lección que, en definitiva, nos dejó Salvador Allende desde el devenir total de su vida.

--